

El Eco de Cartagena.

AÑO XXVIII.—NÚM. 8139

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONO NÚMERO 4

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro. La Redacción no responde de los anuncios remitidos y comunicados, — se reserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de obligación legal. Corresponsales en París Mr. A. Lorette, rue Cauvart, casñ 1, Mr. J. Jont Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, E. C. 166.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Viernes 21 de Diciembre 1888

CURA inmediatamente toda clase de Vómitos y Diarreas (de los tísicos, de los viejos, de los niños) y de las embarazadas. **BISMUTO** y **COMO** **VIVAS PEREZ**. Catarras y úlceras del estómago. DEPÓSITO EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS.

CANTARES

Un ojo tengo y lo diera
Porque hoy la Pascua llegara
Para vengarme de un pavo
Que me ha puesto mala cara.
Es muy triste chilladura
No poder el turrón ver
Sin sentir en el instante
La tentación de morder.
Un gijonero me dio
Peladillas y turrones
Y yo le di chocolate
Cafés y tés y bombones,
No hay otra cosa tan buena
Para estos días de pavo
Como los tés y cafés
Y chocolates de EL BARCO.

Los chocolates de la fábrica EL BARCO DE VALENCIA han obtenido la única medalla de oro en la Exposición Universal de Barcelona.

Y los cafés y tés la única medalla de plata. Representante para las ventas al por mayor en la provincia de Murcia, Benigno Sánchez Risueño, 3, Caridad, Cartagena.

LOS MERCADOS DEL DINERO Y LA PAZ EUROPEA.

Hemos leído en un periódico extranjero ingeniosas consideraciones sobre las consecuencias favorables á la paz, que generalmente se infieren de las crecidas conversiones de Deuda que se preparan en Europa.

Es muy natural pensar, en efecto, que si los hombres más sagaces en negocios, como os Rothschilds y los directores de Bancos importantísimos, hacen proposiciones á Rusia y á la Hungría para la conversión de sus Deudas y á España para la transformación de los valores cubanos, operaciones que juntas importan más de 2.000 millones de pesetas, debe ser porque tienen absoluta confianza en el porvenir, pues no emprenderían nada si vislumbrasen dificultades ó complicaciones para el buen resultado de los compromisos contraídos.

Por otra parte, también es lógico creer, que si Rusia acometa el arreglo de su Deuda no pueda desconocer su Gobierno que una operación de ese género, además de engendrar una especie de compromiso moral, exige largo período de sosiego político especialmente cuando la conversión se hace para consolidar el crédito.

Todo eso es verdad, discutiendo razonablemente, como es también que el oro se iba marchando de Europa á América, donde se hacen empréstitos á cada momento y se emprenden ferrocarriles á favor de capitales que parecían huir del viejo continente en busca de situaciones políticas menos azarosas que las europeas, cuando de repente cambian de rumbo las tendencias y van los caudales á ofrecerse abundantemente, no tan sólo á naciones alejadas del movimiento político de Europa, sino á las que más han contribuido á inspirar recelos de belicosas perturbaciones.

El entendido en asuntos de Bolsa, el que ha sabido enriquecerse por su inteligencia en negocios, puede pretender adivinar lo que germina en el fondo de las masas, lo que se esconde en las cautelosas relaciones de la diplomacia, lo que bulle en los propósitos de recónditos odios y de futuros desquites? Aun tratándose de conjeturas inmediatas y de previsiones que no exigen á veces más que veinticuatro horas de buen sentido, ¿no vemos diariamente que si en el alza y la baja de las contrataciones bursátiles los unos ganan y los otros pierden es porque los unos aciertan y los otros se equivocan en sus cálculos, fundados con frecuencia en confianzas y en temores políticos?

De todos modos, no deja de ser digno de meditación lo que pasa en Europa con las alternativas pacíficas ó guerreras. Muchos son los años que van transcurridos ya en que, tras de próximas probabilidades de conflicto, renace la calma, y ciertamente no puede desconocerse que más de una vez ha habido motivos para que la guerra estallase sin que haya sobrevenido nada entre las grandes potencias. Algún conflicto parcial entre pueblos rivales, como aconteció con Servia y Bulgaria, tuvo pronto desenlace sin que produjera las terribles consecuencias que se esperaban. Amagos de intervenciones, amenazas pronto olvidadas, acumulación de fuerzas en fronteras, todo esto producían inquietudes que llegaban á las Bolsas para desvanecerse á los pocos días. Al propio tiempo, se comentaban alianzas como preparaciones para el porvenir, y ya que no se llegaba á las manos, se emprendía la guerra económica, ora de tarifas, ora minando el crédito público. Alemania, lanzando los valores rusos al mercado, proquebraba su desprestigio, y ahora, peripetia extraña, son las casas alemanas las que proponen la conversión de las Deudas de Rusia.

Que hay en Europa odios reconcentrados, unas veces disimulados y otras desmentidos con protestas diplomáticas, no puede desconocerse, pero parece también que todos temen la guerra.

¿Quién sabe si esos reyes de la banca, esas poderosas casas que suelen ser árbitros de los empréstitos, tratan de comprometer á algunas naciones en asuntos financieros, que la imposibilidad durante algún tiempo para aventuras guerreras?

Entonces esos grandes negocios que se preparan, más bien que indicadores de confianza, serían los que la impusieran. Y se comprende porque si el dinero va en busca de colocaciones á remotos países y si el Banco de Francia ve menguadas sus existencias en oro, y si el de Inglaterra tiene que subir el descuento para contener la emigración monetaria; hay en la especulación bancaria de Europa gran interés en restablecer el curso normal de los negocios creando una situación política de tranquilidad.

Varietades.

Solución á la charada inserta en el número anterior:

PELAYO.

Charada.

Dos primera en los caminos
Dudosos suelo llevar,
Primera tres es un libro
De remota antigüedad,
La cuarta es solo una nota
De la escala musical,
Prima una letra, y el todo
Estos días nos causará
Pues son muchos en pedirle
Y pocos los que lo dan.

José Martí y Mata.

ESCENAS TRISTES.

En la costa Sud de la isla de Cuba jurisdicción de Manzanillo, entre la Sabana de Gua y la costa de Campechuela, existe el pintoresco valle de Majibacoa.

En el centro de él, y rodeada de frondosos mangos, había antes de la fatal guerra separatista un grupo de casas, viviendas de una gran finca de crianza ó potrero de la pertenencia de un tal D. Pepe Maqueira.

Este, según la general opinión, era un hombre muy acudado; y, en efecto, debía serlo, pues tenía en la finca de cuatro á cinco mil cabezas de ganado mayor, sin contar el de cerda, que, según lo que los monteros aseguraban, no se sabía lo que había.

La finca, conocida por el nombre de Santa Isabel, de Majibacoa, era una de las más bellas y animadas, gracias al gran número de monteros, onlazadores, inmenso ganado res, boyeros y pastores que, en ella vivían con sus familias; y en cuanto al sitio, está reputado como uno de los más pintorescos de la isla.

En la principal casa, vivienda del Sr. Maqueira, habitaba también una mulata que se conocía había sido muy graciada, pero las rudas faenas á que se dedicaba en la casa, pues desempeñaba las funciones de criada para todo servicio, desde cocinera y camarera hasta lavandera y planchadora, la habían ajado notablemente.

Tenía tres hijos, dos hembras y un varón, llamado Lino, y tanto él como sus hermanas Laura y Regina hubieran podido pasar por blancos de pura raza.

Estos niños, que habían nacido esclavos por serlo su madre, habían sido libertados por don Pepe en el acto del bautismo, y como nacidos en su casa llevaban, según ley de Indias, el apellido Maqueira.

Tres años antes de la insurrección realizó este cuanto poseía, á excepción de la finca Sta. Isabel, que puso á nombre de la mulata Regina, á la que dio libertad, así como 400 vacas que en lotes de á 50 adjudicó entre los tres niños y la madre, á más de catorce ó diez y seis yeguas, tres ó cuatro caballos y mucho ganado de cerda que repartió entre ellos.

Hecho esto, se embarcó el Sr. Maqueira para Galicia, su país natal, asegurando que pronto volvería, pues sólo el deseo de conocer á su madre le llevaba á Europa.

—¡Oh!—decía á sus amigos que le despedían—vine tan niño que apenas tenía 12 años. Creo que nadie me conocerá, y yo casi no conservo recuerdo.

—Seguramente, en 25 años de ausencia no se conservan los recuerdos sino muy vagamente—objetó uno.

—Si en 25 años de trabajos en que puedo asegurar que no he tenido tiempo para pensar más que en ellos.

Sonó la campanilla que ordenaba despegar: los amigos abrazaron al Sr. Maqueira.

Lino se acercó, y también fue abrazado por todos.

Dejó el vapor el muelle; todos agitaron sus pañuelos; dobló al fin la punta Alcatras y se perdió de vista.

Lino, que á la sazón tenía 16 años, se puso al frente del potrero. Era inteligente y trabajador y todo marchaba bien; y aunque su procedencia era un estigma indeleble, pues en aquella época, tanto al negro como al mulato, grifo ó cuarterón no se le permitía reunirse jamás con el blanco.

Tanto es así, que había tranvia exclusivamente para gente de color; y en teatros, vapores, en una palabra, en todo sitio en que se reunía público, tenía puesto designado.

Poco antes de estallar la insurrección, pero cuando ya los laborantes hacían trabajos en favor de la revolución, la que decían no era con objeto más que de ayudar á los revolucionarios españoles, lo cierto es que empezó con ¡viva Prim! y acabó con ¡muera Español!

Poco tiempo antes, repito, Lino sufrió un golpe terrible en su amor propio: amaba locamente, y se decía que era correspondido, á una guajira bellísima del cuarteron de Bicana, llamada Cruz Labrada, hija de un estanciero: un día se presentó al Sr. Labrada y le pidió su hija. Este montó en cólera, y tomando un látigo pequeño conocido en el país por cuarta lo amenazó con él, diciéndole:

—Pero mulato, no se cómo no te cruzo la cara: ¿cómo te atreves, vil esclavo, á pretender una blanca, y que motivo te he dado yo para que me infieras tal ofensa? Quitate enseñada de mi presencia ó hago que los negros te den un bocabajo. (1)

Lino, de un salto, se puso en pie, y con su machete hubiera tomado venganza, pero Luz apareció en el dintel de la puerta, y envalonó su arma, agachó la cabeza y marchó al sitio en que había dejado su hermoso caballo moro (toro), montó en él y partió á todo correr para su finca.

A contar desde esta fecha el carácter de Lino se hizo irascible y atrabiliario: se encolerizaba con frecuencia y tomó un odio irresistible hacia los blancos; siempre hablaba mal de ellos.

Por esta época estalló la revolución; Lino vivió en ella un modo de vengarse de una sociedad que tan mal le trataba y entró en ella.

La pobre madre le exhortaba y le decía: —No olvides, hijo mío, que todo cuanto tenemos lo debes á un español. ¿Qué sentimiento no tendría el amo Maqueira si supiera que tu eres enemigo de los suyos?

—Pero Lino se exaltaba y le decía: —Creo, mamá, que á nadie odio tanto como á ese hombre.

—¡Hijo mío!—decía la pobre madre.

—Sí,—objetaba él,—le odio como único autor de mis desdichas. ¿Acaso cree V. que ignoro que le debo esta miserable existencia? ¿Por qué al crimen de hacerme ha unido la cobardía de no llevarnos á Europa, donde no me humillarían tanto? Cree el amo, como tu le llamas, que habiéndonos dejado que comer ha cumplido con nosotros? No comprendes que ni tus hijos ni yo tendremos jamás quien á nosotros se nos dé si no es dentro de la anhelada raza de color?

—¡Hijo mío de mi alma!—le tra la ciego: ¿qué raza pertenecía tu padre? Perdonado, Señor! decía la infeliz mujer—y se marchaba llorando.

Cuando las partidas salieron de Yara para Manzanillo, Lino había ido al potrero de Juan Hall á cambiar novillos por hembras.

Todo el mundo sabe la participación tan ac-

(1) Castigo que consistía en poner al esclavo bocabajo y pegarle un capataz con su látigo.